

SENCILLAS VIDAS DE HÉROES¹

Pedro Luis Angosto

Universidad de Alicante

Miguel García nació en la comarca de las Cañadas de Aratalla, un lugar no muy cercano a ningún sitio situado en las faldas de las sierras del Buitre, Sarrión y La Puerta, sierras medias muy pobladas de pinos, habitadas por puercos salvajes, zorros, perdices, liebres, gatos monteses y víboras. De tierras blancas en el invierno helado, nevado, la primavera atraía al verde por el cereal, mientras que el verano las tostaba lentamente dándoles un tono dorado que el otoño encaminaba de nuevo hacia el blanco calizo y frío. Del cielo, con frecuencia, caían torrentes acompañados de trompetería mientras las viejas de las cortijadas salían, atemorizadas, a sus puertas haciendo cruces con puñados de sal marina, rezando conjuros para que las iras de los dioses no acabasen con las mieses esperadas, ansiadas.

Unas veces, los rezos, los conjuros, las plegarias, los rosarios susurrados en las estancias oscuras mientras los rayos reventaban gruesos pinos, llegaban a su destino y lograban conmover al gigante que arrojaba enormes cubos de agua sobre Las Cañadas. Otras, no. Cuando esto ocurría alguien de la familia tenía que partir, que abandonar el hogar y con un pequeño hato, que contenía una onza de pan, un poco de tocino, una camisa y un pantalón, arrear por el primer camino, sin rumbo, sin dirección, sin fronteras, allá donde la tierra le permitiera sobrevivir. Solía ser el mayor de los hijos. Casi nunca volvía, raramente volvían a saber de él perdido por esos mundos de Dios sin que jamás antes hubiese osado salir de los límites del predio. No porque él no quisiera escribirles, sino porque no sabía escribir. No porque no quisiera enviarles un fuerte y emocionado abrazo preñado de besos, sino porque ni siquiera, desde las lejanas tierras, recordaba el nombre del lugar donde habitó y habitaban los suyos. Nunca le hizo falta saberlo. Jamás pensó en

¹ Relato basado en hechos reales. El protagonista todavía vive y sigue haciendo lo mismo que siempre, pensando lo mismo que siempre.

emigrar, eso era cosa de golondrinas. Sabía, desde bien pequeño, conducir al ganado, manejar con destreza y tino la honda, construir tirachinas, segar, levantarse con el sol y acostarse un poco después que él. También aprendió el nombre del cortijo. Nada más. Eso era suficiente para alguien que creía que el mundo acababa unos metros más allá de lo que se divisaba desde la cumbre de El Buitre.

Miguel era el menor de varios hermanos mayores. No sabemos el número exacto pues las crónicas no han dejado constancia de ello. Vio la luz unas semanas después de nacer en El Portugués, cortijo situado en Las Cañadas de Aratalla, propiedad, como toda la finca, del Conde de Benámor. Su padre, Martín "el del Portillo", era el mayoral de la finca, el

encargado de la siembra, la siega, del pastoreo, de preparar la casa de los señores y de rendirles cuentas cuando éstos la visitaban. La casa era grande y de piedra, sobre todo la parte que utilizaban los condes una o dos veces por año, cuando el buen tiempo, cuando la caza y los caballos, cuando se había recogido la cosecha y, sin hablar nunca de dinero, pues estaba feo, Martín les entregaba un sobre lleno de sudor, de desasosiego, de horas de trabajo, de arrugas, suyas y de los suyos, menores y mayores.

Tenía Martín "el del Portillo" popularidad en Las Cañadas. Trabajador, avisado, serio, pero también dispuesto a la juerga y al baile, no era de los últimos en llegar a los cortijos vecinos cuando había rondalla. Cantaba, tocaba la guitarra y bebía vino pisado del terreno, un vino a veces clarete, alto de grado y con un puntillo de aguja. A Miguel le encantaba acompañar a su padre en los días de fiesta, los dos con su traje, el de siempre, el de los domingos y las bodas, el que luego guardaba María –su mujer- en el armario, colgado en una percha de alambre, bien planchado y perfumado por el olor de los membrillos. Y es que María tenía una plancha, sí una plancha, pero una plancha de hierro forjado que se calentaba directamente en el fuego y luego tenía que coger con un trapo recio para no abrasarse las manos; también tenía membrilleros y algún manzano junto al regato que atravesaba la finca. Membrillos y manzanas verdes acompañaban en su dormir a sábanas, mantas y trajes, siempre, sin quejarse, siempre, a oscuras, salvo esos días de fiesta, de boda, de celebración.

Sin embargo, lo que de verdad gustaba a Miguel era oír contar historias a los mayores. Muchas noches, tras las faenas del campo, después de cenar, los amigos de Martín se juntaban en la puerta del cortijo, si era verano, junto al hogar, si hacía frío, y comenzaban a remover recuerdos antiguos, perdidos en el espacio y el tiempo, en los mil laberintos de la memoria. Miguel se sentaba en el poyo que había junto a la entrada de la casa o en una silla de enea. Hacía como que estaba en lo suyo, aprendiendo a hacer sogas con el fruto de las atochas. Pero aunque su vista estuviese fija en las trenzas de esparto, sus oídos captaban hasta el murmullo más tenue de los mayores. Los recuerdos, los relatos de aquellos hombres eran de lo más variado. Hablaban de su juventud, de sus padres, de las novias, también de cosas estremecedoras. Nunca de viajes, pues no habían viajado. Una noche de verano –recordaba Miguel-, extraña por el movimiento inusitado de las estrellas, su padre comenzó a contar una serie de acontecimientos que le impidieron dormir durante mucho tiempo: "En 1915 la cosecha fue paupérrima y no teníamos absolutamente nada para alimentar a los animales. Un grupo de pastores -entre los que se encontraba el abuelo de Miguel- salió con las bestias a comprar grano en la cercana población de Argos. Había nevado mucho, pero creyeron cesada la ventisca. A mitad del camino, el cielo se cerró pacíficamente, se puso blanco, la temperatura aumentó un poco y la nieve comenzó a caer como si fuese harina expulsada por la turbina de un molino. Anduvieron mientras quedaron fuerzas, hundiendo las piernas más arriba de las rodillas, pero llegada la noche hubieron de detenerse. Buscaron ramas de árboles, yerbas secas, piñas. Con unas encendieron un fuego mortecino que apenas arrancaba llama; las restantes fueron extendidas sobre el suelo. Encima de estas colocaron unas mantas, se acostaron y se taparon como pudieron. A primera hora de la madrugada, como cosa mágica, las nubes se disiparon, dejó de nevar y el cielo negro mostró miles de ojos tintineantes, brillantes como pocas veces vieron en sus vidas. El frío se hizo tan intenso que pese a estar todos juntos, pese a los constantes frotos

que se daban por el cuerpo, tuvieron que alzarse y comenzar a moverse pues creían que iban a perecer helados. Discutieron largo rato. Unos decían que había que volver; otros que debían aproximarse a alguna cortijada. Todo eran ilusiones, sabían a ciencia cierta que con la nieve caída y el frío no avanzarían más de cien metros en dirección alguna. De pronto, Salustio Blázquez, el hijo de "La Imaginada", se quedó mirando fijamente a las bestias. Tiritaba, dentellaba, no paraba de moverse, de saltar sobre el mismo sitio, era incapaz de articular palabra. El resto del grupo estaba en una situación parecida y en la mente de todos comenzaba a aparecer el espectro del final.

-¡Salustio! –dijo uno de los pastores- ¿qué te ocurre, en qué piensas?

Salustio seguía temblando, sin hablar. Volvieron a preguntarle. Volvió a callar. De pronto, como si estuviera endemoniado, sacó el navajón del cinto y se tiró hacia uno de los asnos. En unos segundos lo había abierto en canal. Agarró sus dos mantas y con ellas se metió en las entrañas del animal, acurrucado. Los demás, sin salir de su asombro, hicieron lo mismo pensando que era la única solución posible. No durmieron, pero durante unas horas tampoco pasaron frío. Las estrellas se ocultaron, regresaron las nubes blancas y la nieve, con más intensidad aún.

Amaneció con un sol esplendoroso y distante. La nieve estaba helada, dura y resbaladiza. En las cortijadas de Las Cañadas nadie tenía noticias del grupo. María, desde la era de El Portugués, se desgañitaba tocando una vieja y oxidada turuta de cuando Martín repartía leche acompañado por sus cabras. Acudieron los hombres de los cortijos próximos y, tras una corta deliberación, resolvieron iniciar la búsqueda. Cada cual se abrigó con lo que pudo, zamarras de piel de borrego, pasamontañas, papeles alrededor del cuerpo y las piernas. Alcanzaron los garrotes de pinchos –una especie de bastones de madera de almez que terminaban en una garra de hierro, utilizados normalmente para la búsqueda de hongos o para defenderse de las serpientes- y emprendieron la arriesgada caminata. Los cinco hombres avanzaban lentamente sobre la superficie helada pero, resbalón tras resbalón, fueron aproximándose al lugar donde estaban sus camaradas.

-¡Allí, allí, allí!, gritaba Moisés Guirao, el mejor pelador de pinos de la comarca, hijo y nieto de ajorradadores. De entre el hielo salía la oreja larga y tiesa de un asno. Se aproximaron despacio, queriendo llegar y temiendo llegar. Con los bastones fueron rompiendo el hielo, descubrieron un asno y otro, así hasta cuatro. Todos los hombres estaban muertos menos uno: Genaro, el abuelo de Miguel, que sin sentido, morado, todavía se movía entre las tripas del animal. Lo sacaron, frotaron su cuerpo con nieve y bojas, lo cubrieron con mantas nuevas y como Dios les dio a entender lo llevaron hasta su casa".

Aquella historia la llevaría Miguel clavada en los sesos hasta el resto de sus días. Pasados muchos años todavía le estremecía recordarla, contarla. Pero no fue la única que se contó aquella tranquila noche de verano, Martín estaba inspirado y tenía ganas de continuar con sus recuerdos.

–No sé –dijo- si os acordáis de aquello que pasó con las bichas.

–No Martín, pero si vas a seguir por el mismo rumbo mejor que lo dejes.

–¡Quiá!, qué voy a dejar. ¿Es que te asustas de lo que ya sabes? Dale un tiento al porrón y sigamos un rato.

Miguel temblaba de miedo, comenzaba a pensar en el cuarto oscuro y la cama helada. De ninguna manera quería que su padre terminase de contar historias. Primero porque le encantaban, segundo porque estaba horrorizado, atemorizado, porque sería incapaz de meterse en la cama sólo, de pegar un ojo.

"Aquella mañana –continuó Martín- de mediados de agosto salieron de Las Cañadas cuatro hombres hacia la Sierra de Sarrión, a entresacar pinos. Eran hombres fuertes, duros, de brazos como piedras, acostumbrados al manejo del hacha, a cortar, pelar y ajorrar. Todos los años iban al mismo sitio. Eran los hombres de confianza del señorito, quienes sacaban la faena adelante. Iban para unas semanas pero se quedaron bastante más. La cuadrilla, acompañada por unos cuantos novatos, se adentró en el monte, señalaron los árboles con una cruz y dividieron el trabajo: Unos cortarían, otros pelarían y los demás, con la ayuda de las bestias, ajorrarían la madera por el río Alharabe hasta el camino. Transcurrieron los días como todos los años, con muchísimo calor, con los huesos rotos de tanto darle al hacha. Cansados, pero con ganas de seguir, pues aquel trabajo, aunque durísimo, era de los mejor pagados, al menos para ellos que ya sabían por dónde iba el tajo. A media mañana del día 17, dos días después de la festividad de la Virgen, cayó una tormenta impresionante. Fueron pocas horas, pero los árboles quedaron de tal manera empapados que el hacha no hacía mella en ellos. Regresó el sol con furia, pegajoso, impertinente. Los hombres decidieron tenderse en un rellano para descansar y esperar a que llegase la hora de regresar al chamizo donde dormían. Uno de ellos, Marcial "El Trapos", echó su manta sobre un nido de "bichas" y cerró los ojos para sestear un rato. Los demás hicieron lo mismo a escasos metros.

–¡UAAAAH!

Un grito desgarrado salió de la garganta del robusto Marcial: Varias docenas de víboras se enroscaban y saltaban sobre él dejándole dentro su veneno letal. En unos segundos aquel gigante cayó de bruces contra el suelo. Los hombres acudieron con palos a socorrerle, pero era tal el número de "bichas" que ni uno sólo de ellos pudo zafarse de aquel enjambre. Durante varios días sus cuerpos permanecieron ocultos bajo la yerba, hasta que cesaron las tormentas y un aparcerero encontró sus esqueletos pelados como si hubiesen sido pollos en día de Pascua. La gente decía que habían sido devorados por las "bichas", por unas "bichas" enormes que estaban enfurecidas por la tormenta y el calor abrasador. Luego se supo que habían sido perros". Ya sabéis –prosiguió Martín- de dónde viene el miedo que por aquí se tiene a esas alimañas. No atacan nunca al hombre, pero sí te pones en su terreno o las pisas, vas aviado. Mejor no acercarse donde haya madre selvas y que vaya el ganado delante, por si acaso.

El reloj decía que había pasado la media noche. Martín llamó a su hijo y se despidió de los amigos hasta el día siguiente. Miguel estaba blanco, le temblaba todo el cuerpo, como a aquellos hombres de la nieve.

-¿Qué pasa hijo, parece que tienes el miendo en el tuétano de los huesos?

-Sí padre, pero cómo se pudieron meter en el vientre de los burros, y lo de las bichas. No puedo dormir, ni meterme en la alcoba.

-Mira hijo, son cosas de viejos. Coge la vela y a la cama que mañana hay faena. Ya pasará.

Miguel obedeció –siempre lo hizo, lo hace- pero pasó una de las peores noches que imaginarse pueda. Esqueletos, asnos despanzurrados, bichas, cadáveres rondaron toda la noche por su cabeza a un ritmo frenético. A la mañana siguiente, una mañana fresca, apareció empapado de sudor, las sábanas rotas y el colchón arrebujaado, con la lana amontonada en un lado.

El Portugués no era un sitio desagradable para vivir tal como lo hacían los señoritos, tampoco para un niño. Había caza, los conejos tenían sus madrigueras alrededor de la casa; pavos, pollos y gallinas andaban a su aire y los rebaños de borregos pacían a sus anchas a lo largo de la finca. El regato estaba lleno de ranas, renacuajos, culebras y sapos. Había invierno, primavera, verano y otoño, de verdad. Tenían un palomar y comían, de vez en cuando, caldo con pichones. Sin embargo, allí nunca entró un juguete, ni hubo Reyes Magos, ni cumpleaños, aunque se jugaba. Se jugaba al "marro", al "chinche monete", a la "piola", a la "tabaca" a hacer barcos con las conchas de los pinos, barcos que luego competían en peculiar regata por las raquílicas aguas del regato. Un bote de hoja de lata era suficiente para pasar una tarde agradable: Lo situaban encima de un risco y con las hondas o el tirachinas intentaban derribarlo. Luego estaban los montes, El Portillo, La Puerta, El Buitre, El Nevazo, la Sierra del Cerezo, todo un mundo que era todo su mundo. A los seis años, cuando apenas llegaban sus ojos a lo alto de la mesa, Miguel fue encargado por su padre de cuidar los pavos. Todas las mañanas, con una vara de morera, sacaba la pavada al campo. Algunos de aquellos animales eran más altos que él, pero le obedecían sin rechistar. Imitaba su canto, sus sonidos, parecían entenderse bien. Mientras los pavos picoteaban todo lo que se cruzaba en su camino, Miguel hacía cuerdas o cestos con esparto, con juncos, habilidad en la que llegó a tener gran destreza. De haber sido hoy, nadie tendría que haber acompañado a esas avestruces pequeñas, pero entonces había jaurías y mutas de perros asilvestrados, de zorros, que estaban pendientes del menor descuido. Al parecer el último lobo de la zona cayó abatido a finales del siglo XIX por el "Tío Constancio" en la Sierra de la Ventanica. Dicen que lo mató a palos. Era muy burro, aseguran que se ponía escorpiones en el pecho.

Fue por aquel tiempo, 1923, cuando Martín y María decidieron que Venancio, el mayor de los hermanos, debía acercarse a la escuela de la gran cortijada de Olla, donde estaba el palacio de los Condes de Benámor, para aprender las letras y las cuatro reglas. Aquello no

gustó mucho a Miguel, pues siempre había mostrado su afición al papel impreso, del tipo que fuese. Pero, como en otras ocasiones, no mostró enojo. La pequeña escuela estaba a unos cuatro kilómetros de El Portugués y Venancio iba y venía andando. Pronto Miguel, que había aprendido todos los hábitos de los pavos, que sabía cuándo se acurrucaban para dormir, comenzó a seguir a su hermano, pese a advertencias y admoniciones:

-Has dejado la pavana sola, si pasara algo, padre enfurecería, deberías regresar a tus menesteres.

-La he dejado a buen recaudo. Además lo que pase es cosa mía.

Venancio entraba en la pequeña escuela y cuando el maestro aparecía se cerraba la puerta. Era un pabellón diminuto con unos cuantos bancos corridos. No había pupitres, tan sólo la mesa del maestro y una pizarrita. Apenas iban quince zagales de todas las cortijadas. Miguel se sentaba en un escalón exterior, miraba por la ventana, oía las explicaciones y como podía copiaba en un viejo cuadernillo lo que el maestro escribía. Después, cuando su hermano regresaba a casa, agarraba la cartilla y le daba vueltas hasta coger el hilo de la madeja. En un año aprendió a leer y a hacer las cuentas. El maestro, que se había percatado de la presencia del pequeño, apareció una tarde, sin avisar, en El Portugués. Saludó cortesmente y dijo a los padres:

-Su hijo ha estado yendo a la escuela todo el año. Alguna vez he visto su cuaderno. Es un niño que aprovecha. Tendrían que dejarle que asistiera a las clases.

-No tenemos medios, además el muchacho hace falta aquí. Maneja bien a los animales, tiene maña y es muy hacendoso y obediente.

-Bueno, yo he cumplido con mi obligación. Ustedes sabrán.

Miguel no regresó al portal de la escuela, pero ya sabía lo suficiente. En adelante, Martín le encargaría también las cuentas de la casa. Como premio, cuando iba al pueblo a hablar con los tratantes, siempre le traía un periódico viejo o una novela barata. Todavía hoy, ochenta años después, Miguel García, bisnieto del "Tío Pijasanta", recuerda aquel acontecimiento, su iniciación a la lectura, como uno de los más felices de su vida, aunque se lamenta de no haber "podido tener estudios".

El tiempo no perdona, poco a poco la infancia va quedando relegada a un rincón de los recuerdos, a ese al que uno retorna en momentos felices o aciagos. Como decía Rilke, "la infancia es la patria del hombre", en ella no existe el tiempo ni la conciencia de la necesidad, siempre que se tenga un plato de comida, y eso en El Portugués nunca faltó. Miguel creció, se hizo mozo y continuó encerrado en aquel valle rodeado de montañas, encargado de los pavos, de las ovejas, de las cuentas. De repente, vino la República y en Aratalla el pueblo salió entusiasmado a las calles mientras los señoritos miraban con recelo su gozo a través de los visillos de las casonas. Martín y sus hijos acudieron a la fiesta. Compraron unos

botones con los retratos de Galán y García Hernández y se los colocaron en la solapa de la chaqueta. Jolgorio, gritos, himnos, la banda de música, cohetes, un hombre pegado a una radio que chillaba las últimas noticias.... Parecía haber llegado el día de la felicidad, el día de los pobres. Sin embargo, la gente que miraba tras las rejas, escondida por los visillos de encaje, no pensaban igual y pronto demostrarían lo equivocado de su alegría.

Pasada la euforia de aquellos primeros días, las aguas volvieron a su cauce. Martín y los suyos, a sus quehaceres. Recuerda Miguel que por aquellas fechas, sería el verano de 1931, los condes visitaron la finca y pasaron en ella unos días. En la borrasca de sus recuerdos, sólo dos imágenes: Una que la condesa le dio por primera vez un beso y el conde un real; otra, que su hermosísima hija de dieciséis años quería montar a caballo. Miguel tuvo que ayudarle a subir a la yegua. Temeroso y turbado por la belleza de la joven, no sabía por dónde asirla, cuando de repente, sin pensarlo, las manos se le fueron a los muslos y al culo de la heredera. Logró alzarla, la miró ruborizado, como arrepentido de lo que había hecho sin que su voluntad lo decidiese. Ella le sonrió, le dio las gracias y azuzó a la yegua, sabedora de sus dones. Miguel la recuerda todavía, con un traje blanco y un sombrero con gasas al aire, trotar entre las mieses de Las Cañadas, como un sueño, como algo que tal vez no ocurrió nunca.

A finales del verano de 1937, a eso de las cuatro de la tarde, una pareja de la guardia civil se presentó en el cortijo.

-¿Vive aquí Miguel García Martínez?

-Sí esta es su casa, y la de ustedes si gustan.

-Tiene que acompañarnos a Aratalla.

-¿Qué pasa? ¿Ha hecho algo el muchacho?

-No, que sepamos. Ha sido reclutado para ir al frente.

Los cohetes, la algarabía, los cánticos de aquellos días de abril del 31 se habían tornado en llanto, en desasosiego, en angustia.

-Miguel es muy joven –dijo la madre-, hace mucha falta, somos mayores, nunca ha salido de estas tierras. ¿Dónde lo quieren llevar?

-Señora, cumplimos órdenes y debe salir con los de su quinta para Valencia.

Entre sollozos y llanto contenido, Martín y María, llenaron una pequeña maleta de lona con lo imprescindible. Se despidieron con inmensa tristeza, pero también con la resignación de quienes estaban acostumbrados a soportar todo el dolor de la tierra, todas las pruebas que el Señor dignase poner en su camino. A la media hora Miguel estaba en el cuartel con otros mozos, muchos de ellos alegres. Él, mustio, encogido, mudo. En una vieja Ford fueron

conducidos a la estación de ferrocarril de Parrondo, sin explicarles nada.

-Ya os dirán en Valencia lo que queráis saber.

Treinta kilómetros de silencio, de angustia, entre los cánticos de los mozos. El larguísimo tren de mercancías tardó en llegar, pero desgraciadamente llegó. A las nueve de la noche sonó el pitido, la serpiente de hierro, lenta y ruidosa, comenzó a caminar. Eternas las horas hasta Albacete, interminables hasta Valencia. Al bajar del ferrocarril, Miguel abrió los ojos de par en par: En su vida había visto nada igual. La estación de Valencia le parecía algo de otro mundo, el bullicio, el humo, el griterío ensordecedor, por unos momentos creyó soñar. No duró mucho, a los pocos minutos unos milicianos fueron llamándoles por sus apellidos. Agrupados, les llevaron a las camionetas que esperaban en el barrio de Ruzafa. Después al campamento militar. Cuatro meses de instrucción y desasosiego, dos o tres salidas a la ciudad más viva, inquieta y turbulenta del país, bastaron para dejar su mente llena de estampas asombrosas e inolvidables, también para llevarle al frente de Teruel cuando la ofensiva franquista era más intensa.

Miguel llegó el 29 de enero a las inmediaciones del pueblo de Singra, en pleno campo de batalla, pertrechado con un fusil y una granada de mano. Las tropas republicanas, sin apenas armamento ni adiestramiento, iniciaban una ofensiva con la intención de cortar las comunicaciones del Ejército rebelde, que con casi cien mil soldados, bien armados y disciplinados, se disponía a retomar Teruel. Miguel aún recuerda limpiamente las estampas de Lister y El Campesino sobre sus caballos, dando órdenes de un lado para otro a un ejército casi deshecho. Ese mismo día comenzó la balacera. Aquel muchacho de Las Cañadas de Aratalla no sabía dónde meterse, por todos lados explotaban obuses, bombas, granadas, disparos. De los cien hombres de su compañía sólo él y un tal Mauricio salvaron la vida al esconderse en una madriguera rodeada de arbustos. En el fragor del combate, huidos, perdidos, deambularon por las sierras inmediatas a Teruel, aterrorizados, sin rumbo, de aquí para allá. Tres días sin comer, durmiendo apretujados, a dieciocho grados bajo cero. Para no ser vistos, se arrastraban por la nieve entre los retamales, sin hablar, helados. No fue suficiente. A eso del mediodía del 1 de febrero de 1938 una docena de fusiles, salidos del infierno, cayeron sobre sus cuerpos. Miguel, durante unos instantes, recordó con placer las historias de terror contadas por su padre.

-Vais a morir como perros hijos de puta que sois, rojos de mierda. ¡Anda, llamad a Lister o a la malparia de La Pasionaria. Que vengan ahora a salvaros...!

-No hemos disparado una sola bala, ni arrojado la granada que nos dieron, compruébenlo ustedes y apiándose por Dios.

Detenidos milagrosamente, fueron trasladados al campo de concentración de Aranda de Duero. Miles de personas, heridos, enfermos, mutilados, se amontonaban en aquel lugar. Una sola fuente. Sin comida ni médicos. Los pelotones trabajaban a destajo, pero era mayor el número de prisioneros que entraba cada día. Si las muertes por fusilamiento y torturas

fueron muchísimas, más aún lo fueron las debidas a contagios e infecciones. Las yerbas del campo de concentración, las raíces de los árboles habían desaparecido hacía tiempo. Una vez al día repartían agua con cuatro lentejas y gusanos. Todo para adentro, los gusanos primero. De vez en cuando, a modo de divertimento gracioso, los mandos de aquel inmenso presidio se asomaban a la ventana del pabellón de dirección, mondaban unas naranjas y las dejaban caer al suelo. Los prisioneros, como fieras hambrientas, las devoraban en un abrir y cerrar de ojos acompañados por las carcajadas y el jolgorio de sus dueños. Miguel quiso comer, y un día se atrevió a intetar subir al pabellón para pedir trabajo de cocinero. Un culatazo en la cabeza lo mantuvo inconsciente durante días. Así pasó un año, con sus días y sus noches. Sin que nadie le dijese nada, sin saber nada de nadie. El 12 de diciembre de 1938, gracias al aval de alguien importante, tal vez del conde, Miguel abandonó el campo y fue alistado en el ejército franquista, donde permaneció hasta el 20 de diciembre de 1941. Durante el periodo comprendido entre septiembre de 1937 y diciembre de 1941 su familia nada supo de él. Le guardaron riguroso luto. El día de Navidad, como alma salida del purgatorio, apareció en El Portugués.

Al año siguiente, Martín vendió el ganado y con lo que tenía ahorrado compró una casa y una pequeña huerta en Argos. Miguel casó con Cruz, una buena mujer acostumbrada a no comer y a hacer zapatillas con las capas viejas de su padre guardia civil, un hombre rubio, alto, delgado, con ojos azules, impropio de aquellas tierras. La huerta impidió que pasaran más hambre, pero no vieron una peseta en muchos años. Tampoco les hizo falta, no había nada que comprar.

Martín murió una noche de un día cualquiera de 1955. Miguel lo supo porque oyó un ruido extraño. Al levantarse vio que todas las sillas de la casa estaban del revés, con las patas hacia arriba. Un asomo. Subió a la habitación y encontró a su padre ya ido. Lloró su desaparición con toda su alma, como antes lo hizo su padre por él. Luego empezaría otra guerra, la de la emigración. A mediados de los sesenta el dinero comenzó a moverse, la huerta no daba nada. Valencia, Madrid y Cáceres fueron los nuevos destinos de un albañil que antes había sido soldado y antes pastor. Hace ya tiempo que regresó a Argos, arregló su casa y, aunque mayor, todavía monta en bicicleta, hace la compra y piensa en lo bueno que habría sido tener estudios. Debajo de una loseta del trastero de su vieja casa, todavía guarda una cajita liada con unas tiras tricolores, dentro de ella están los botones de Galán y García Hernández, aquellos que su padre y él llevaron ese maravilloso día de abril del 31. Es su mayor tesoro, el más íntimo.

-
-
-
-
-
-
-
-
-